[655:11]

NAPOLEON EN ESPAÑA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original de los señores

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ

Y

D. SEBASTIAN FERNANDEZ DE MOBELLAN.

Iu

Estrenado con estraordinario aplauso en el teatro de Lope de Vega la noche del 17 de febrero de 1855.

N.º 280.

MADRID:

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.

1856.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

Al inteligente y distinguido actor

D. JOSE CALVO.

Un recuerdo de satisfaccion y amistad.

LOS AUTORES.

CUATRO PALABRAS AL PUBLICO.

Napoleon Bonaparte, hallándose en Tolosa, escribia á su hermano José, con fecha 4 de noviembre de 1808, las siguientes palabras.

....«*Deseo tambien llegar á Vitoria de incógnito y sin que nadie lo sospeche. Por esto entraré de noche; que nada se sepa.*»

El emperador llevó á cabo su propósito.=Sobre este hecho histórico está fundada la presente fábula dramática.

Personas.	Actores.
Blas	*D. José Calvo.*
Napoleon Bonaparte	*D. José Alverá.*
Miguel	*D. José Sainz.*
Pedro	*D. Fernando Navarro.*
Arturo	*D. Jorge Pardiñas.*
Un Ayud. de campo de Napoleon.	*D. José Leon.*
Un Aldeano	*D. Felipe Martinez.*
Luisa	*Doña Rita Revilla.*
Maria	*Doña Rafaela Calvo.*

Soldados voluntarios españoles.=Gente del pueblo.= Guardias imperiales.

La accion principia á las ocho de la noche y concluye al amanecer del siguiente dia.

La escena pasa en un pueblo de las cercanías de Vitoria.

ACTO PIRMERO.

Sala decentemente amueblada en casa de Blas.—Al frente la puerta de entrada y á la derecha de esta una ventana. —A la izquierda del actor, en primer término, el cuarto de Blas; en segundo término una puerta secreta.—A la derecha otros dos cuartos: el primero le ocupa Maria; el segundo pertenece á Luisa.—Noche tempestuosa durante todo el acto primero.

Escena I.

LUISA, ARTURO.

LUISA. ¿Tan pronto vas á marchar?
ARTURO. Tan pronto, sí, vida mia;
antes de que nazca el dia
os tengo que abandonar.
LUISA. ¡Desdichada!
ARTURO. El castellano
pendon, cuando salga el sol,
reclama al buen español
con las armas en la mano.
LUISA. Al fin sabeis pelear;
pero nosotras, Arturo,
solo tenemos seguro...
lágrimas que derramar.
ARTURO. Por eso nos da valor
la oracion que en vuestro anhelo
haceis; porque sube al cielo
hasta el trono del Señor. (*Truenos*).
LUISA. ¡Dios mio!
ARTURO. Qué tienes? Di.
LUISA. Qué noche tan borrascosa!...
Está terrible, espantosa...

Oh! no, no salgas de aquí.
¿No escuchas, Arturo mio,
cómo brama le tormenta?

ARTURO. Su furia no me amedrenta;
no, mi bien, la desafio.

LUISA. Oh!

ARTURO. Ten, pues, resignacion,
porque aun ignoras, mi gloria,
que de incógnito en Vitoria
está!...

LUISA. Quién?

ARTURO. Napoleon.

LUISA. Arturo! ¿qué estás diciendo?

ARTURO. Y segun nuestros espías
debe hacer dos ó tres dias... (*Truenos*).

LUISA. ¡Dios mio! ¿no estás oyendo?
—Presentimientos me dicen,
y con fundados recelos,
que esta noche... hasta los cielos
esa llegada maldicen!

ARTURO. Oh! no temas: si imprudente
juzga tratar con villanos,
le harán ver los castellanos
que nunca doblan la frente.
Dios, patria, monarca y ley
proclama nuestra nacion.
No será Napoleon
ni su hermano nuestro rey.
—Mas siento hablar... ¿No has oido?

LUISA. Serán de los tuyos.

ARTURO. Si.
Adelante! por aquí. (*Cerca de la puerta del fondo*).

Escena II.

Dichos, PEDRO *por la derecha del foro seguido de algunos voluntarios.*

PEDRO. Buenas noches.

ARTURO. Bien venido.

LUISA. Hay algo?

PEDRO. Señora, nada:
unos cuantos francesitos
que quieren los angelitos
jugarnos una tostada.
Pero el español no yerra;
fuego, pues, á troche y moche
y cada tiro, esta noche,
nos deje un francés en tierra.
Ah!—Tomad; se me olvidaba:
el parte de los espías.... (*Le da un pliego*).
ARTURO. (*Lee*). «Hoy por esas cercanías
el usurpador se hallaba.»
LUISA. Napoleon?
PEDRO. Justamente.
ARTURO. (*Leyendo*). «Aun á su casa no ha vuelto;
debe de hallarse resuelto
á pasar la noche ausente.
Se ignora á donde ha marchado
aunque, se puede jurar,
que, si salió á pasear,
sin duda se ha estraviado.
Va de incógnito: buen ojo
y no descuidarse.»
PEDRO. No,
que como le atrape yo
ya puede echarse en remojo.
Muchachos, en marcha! (*A los voluntarios*).
ARTURO. Vamos!
Adios, vida mia, adios.
LUISA. Oh! quién pudiera ir en pos!
PEDRO. Señora... (*Saludando*).
ARTURO. Luisa!... (*Abrazándola*). Salgamos (*A ellos y desprendiéndose de los brazos de Luisa.*

Escena III.

LUISA, *luego* MARIA.

LUISA. ¿Qué nos resta? Un porvenir
de eterno llanto y pesar;
guerra que arrastra, al cundir,

á los unos, á morir;
á los otros á llorar.

MARIA. Luisa! (*Desde la puerta de su cuarto*).

LUISA. Quién es?

MARIA. Soy yo.

LUISA. Ven, acércate, Maria;
ven, ven á mis brazos... ¡Oh!
no comprendas nunca, no,
de un corazon la agonía.

MARIA. Acaso tu esposo?...

LUISA. Sí.

MARIA. Donde ha ido?

LUISA. A defender
sus banderas ¡ay de mí!
pero algo me dice aquí, (*Llevando la mano al corazon*).
que Arturo no va á volver.

MARIA. Oh! Luisa, ten paciencia,
ten, por Dios, resignacion,
que mientras dure su ausencia,
yo con fe, á la Omnipotencia,
impetraré en mi oracion.

LUISA. Ah!—Gracias, hermana mia!
Dios te conserve tan pura,
siempre tan bella, Maria,
sin que tanta lozanía
tronche un soplo de amargura.
Tú eres feliz ¿no es verdad?...
pero lloras y estoy viendo
tu palidez. .

MARIA. Por piedad,
Luisa!

LUISA. Dios de bondad!
Maria, tú estás sufriendo:
¿Qué es esto?... ¿qué te ha pasado?

MARIA. Déjame!

LUISA. No, algun terrible
misterio me has ocultado.
Tú en el insomnio has llorado...
Habla, dime...

MARIA. No, imposible!

LUISA. ¿Qué te aqueja? ¿Acaso infiel,
indiferente, inconstante,
has encontrado á Miguel?...
Amas á otro que á él?...
Maria... habla al instante.
MARIA. Hermana!
LUISA. ¿Me estás rasgando,
hace rato, el corazon
con tu silencio.
MARIA. (Ay! ¿cuándo
seré feliz asi amando?)
Perdon, Luisa, perdon!
LUISA. Vamos, Maria, ten calma
y confiame esa historia
que te está royendo el alma...
Si el mártir lleva la palma,
le queda en cambio la gloria.
MARIA. A pasear un momento
ayer tarde al bosque fuí:
bello estaba el firmamento
y la ilusion y el contento
en torno mio sentí.
Todo era bello, armonioso...
Yo, mas que nunca embebida,
mirando el valle frondoso
á otro mundo mas hermoso
volar dejaba la vida.
ya el sol habia ocultado
sus rayos de pura lumbre,
cuando del monte escarpado,
sin que lo hubiese notado,
me hallé en la elevada cumbre.
Un abismo, hermana mia,
inmenso, horrible, imponente,
ví á mis pies; huir queria
y en medio de mi agonía
fuí para huir impotente.
Pasos oí agigantados,
y hasta mí fueron viniendo
rumores tristes, ahogados,
que, por el viento arrastrados,

cruzaron en son horrendo.
Sin saber lo que me hácia
inquieta el bosque miraba
y el triste rumor oia
que á helar mi sangre venia,
que de espanto me llenaba.
De repente, un grito atroz
á Dios pidió un beneficio,
y no bien oigo la voz,
pasa un caballo veloz...
y se arroja al precipicio.

Luisa. Y el ginete?

Maria. Horrorizada
ví solo al corcel pasar;
mas la víctima arrastrada,
al ser ya precipitada
vinó á mis pies á parar.
Aun no era tarde... ¡Dios mio!
Sin saber lo que me hacia
tiendo mis brazos con brio,
le contengo y le desvio
cuando á la muerte corria.
Un poder irresistible
me hacia tender los brazos
hácia aquel cuerpo insensible.

Luisa. Y huiste?...

Maria. Huir?... imposible
á no haberse hecho pedazos.
Al fin sus hermosos ojos
lánguidamente se abrieron,
y puesto ante mí de hinojos,
sus labios gracias me dieron:
Era triste su lenguage
y su semblante altanero;
debe ser de alto linaje
segun su presencia y traje.

Luisa. Era español?

María. No, estranjero.

Luisa. Y le amas?

Maria. Yo..? no lo sé.

Luisa. Qué dices?

MARIA. Si así me inclino
á amarle...
LUISA. Ah!
MARIA. Por mi fé
te juro, que mi amor fué
de Dios destello divino.
Casta, inefable ilusion...
LUISA. Que es insensata, Maria.
MARIA. Eso dices?
LUISA. Tu pasion
puede ser, hermana mia,
causa de tu perdicion.
MARIA. No, no; jamás habrá hiel
en donde todo es dulzura.
LUISA. Tu inclinacion...
MARIA. Es tan pura!
LUISA. Pero... y Miguel..? y Miguel..?
MARIA. Y qué importa su locura,
que él llama amor hácia mí,
si siempre su amor fué vano?
LUISA. Jamás le amaste?
MARIA. Sí, sí...
Siempre le correspondí;
le quise como á un hermano.
LUISA. Pero... padre... tú no ignoras...
MARIA. Oh! dices bien...
LUISA. Quiere uniros...
MARIA. (Desdichada!)
LUISA. Mas tú lloras...
Infeliz..! Si al otro adoras
quiera el cielo bendeciros!

Escena IV.

LUISA.—MARIA.—BLAS *por la izquierda del foro.*

BLAS. Hijas mias!
LUISA. Padre!
BLAS. Aquí
solas os estais las dos
y yo allá dentro... ¡por Dios

que os olvidásteis de mí.
¿Vino Arturo?

LUISA. Hace un momento;
mas partió...

BLAS. Te veo llorosa...

LUISA. ¡Siempre lejos de su esposa!
¡siempre allá en el campamento!
¡Fatal estrella la mia!
estar á un esposo amando
y estar por su bien orando
á Dios de noche y de dia!
Ver acariciar la vida
una ilusion esplendente;
uno dicha omnipotente
desde el cénit desprendida,
y despues, llena de duelo,
encontrar, ante mis ojos,
en vez de rosas abrojos,
y un infierno en vez de un cielo.

BLAS. Harto triste es tu afliccion,
tu dolor es muy sobrado;
pero Arturo es un soldado
que sabe su obligacion.
Deja que cumpla cual es
sus deberes, y si un dia
se libra la patria mia
de la agresion del francés,
entonces...: pero impaciente
me tiene ya tu quebranto;
¿que significa ese llanto?
¿no sabes que es un valiente?
El luchará; si en su ayuda
no acude propicio el cielo...
será al menos un consuelo
verte de un héroe viuda.

LUISA. Qué horror!

BLAS. Tambien mil mugeres
están como tu llorando,
y mil madres suspirando,
y mil hermanas. ¿Qué quieres?
Yo tambien temo por él,

temo por tí y... me confundo!
Sí, temo por todo el mundo
con esta guerra cruel.
Mas ¿quien sabe? la opresion
tal vez mañana no exista;
tal vez mañana á tu vista
esté libre la nacion.

LUISA. Quiéralo el cielo!
(Se dirige llorando á la ventana y luego entra en su cuarto. Blas la contempla en silencio.

Escena V.

BLAS.—MARIA.

BLAS. (*Se sientan*). Maria;
en momentos tan supremos
mucho en que pensar tenemos.
Escucha atenta, hija mia.

MARIA. Hablad, señor.

BLAS. Ya la edad
tiene mi frente abrumada.
Luisa está colocada;
pero tú...

MARIA. Callad, callad.
No me hableis de eso por Dios:
dejad, señor, que soltera
habite tranquila y muera
siempre aquí al lado de vos.

BLAS. Siempre! ¿y no ves que la suerte
puede variar, Maria?
¿No ves que próximo el dia
acaso esté de mi muerte?
¿No ves que Miguel te adora
con amor puro y ardiente..?
¿Que está esperando impaciente
de poseerte la hora? (*Pausa*).
Por otra parte, Maria,
aunque hayas sido mi gloria
tienes que saber tu historia.
Tú... no eres hija mia.

MARIA. ¡Cielos! ¿Qué decis?
BLAS. Jamás
quise venir al estremo...
mas hoy, que todo lo temo,
no puedo ocultarlo mas.
Una parienta lejana
cuyo marido enigrado
estaba en Francia, á mi lado
te condujo una mañana.
Al verte niña y hermosa
sentí por tí compasion,
olvidando la pasion
de aquella adúltera esposa.
—Tomad, me dijo, si un dia
cayó un borron en mi frente,
harto mi amor delincuente
pago lejos de Maria.
Yo parto, tenedla ahí;
cuidadla, sed vos su padre;
mas no la hableis de su madre
aunque os pregunte por mí.
Y si sucumbe mi esposo
y muero yo sin mirarla...
entonces podreis hablarla
de este misterio espantoso.
MARIA. Pobre Madre!
BLAS. Sí, Maria;
ella contemplaba el cielo
y el llanto del desconsuelo
al mismo tiempo vertia.
Ella, al dejarte en mis brazos,
debió sufrir infinito:
lánguido el rostro y marchito
la ví al darte sus abrazos.
Hizo un esfuerzo postrero
y al abandonar la estancia:
—Cuidad, dijo, de su infancia
mientras yo apartada muero.
Labrad su dicha querida,
casadla bien, si podeis,
y nunca me la dejeis

en la orfandad sumergida.
Decidla que adore al hombre
que nos perdone esta historia;
que no manche su memoria
cual yo manché un puro nombre.

MARIA. Madre mia!

BLAS. La juré
cuanto me quiso exijir,
y en labrar tu porvenir
solamente me ocupé.
Miguel me esplicó su amor,
y le confié el secreto:
—«Por eso yo no me inquieto,
contestó, puro es su honor.»—
Entonces viendo tan sano
proceder...

MARIA. (Funesto dia!
¡Funesta estrella la mia!)

BLAS. Llegué á ofrecerle tu mano.

MARIA. Cielos!

BLAS. (*Se levantan.*) Ahora bien, la guerra
es larga y mi vida breve;
acaso una mano aleve
te deje sola en la tierra.
Qué hacer en trance tan fiero?
Piénsalo bien, hija mia.

MARIA. Y mi madre?

BLAS. Moriria
allá en el suelo estranjero.
(*Suena un tambor dentro*).

Escena VI.

BLAS.—MARIA.—LUISA.

Luisa sale de su cuarto y viendo que no ha vuelto su esposo se para y llora. Blas que advierte su llanto y el de Maria trata de consolarlas).

LUISA. Ese tambor... Ay de mí!

BLAS. Dios eterno..! Cielo santo. !

¿Siempre penas, luto y llanto?
¡Hijas... no lloreis así!

Escena VII.

Dichos, MIGUEL, *que viene por la derecha del foro, seguido de algunos* VOLUNTARIOS *y gente del pueblo que se quedan á la puerta.*

MIGUEL. A las armas!
BLAS. Qué acontece?
Miguel, ¿qué traes por aquí?
Tu semblante palidece...
MIGUEL. Sabeis que segun parece
Napoleon está allí?
(*Señalando hácia la ventana*).
BLAS. Qué dices, hijo?
MIGUEL. Maria,
perdona, si en este instante,
mas que en mirar tu semblante
pienso yo en la patria mia.
MARIA. Oh... Miguel!..
BLAS. Hijo, adelante.
No en insensatos amores
desperdicies un momento;
la patria con sus clamores
maldice sus invasores
y reclama nuestro aliento.
LUISA. Decis bien, tambien mi esposo
tan solo á salvarla atiende.
MIGUEL. Do está Arturo?
LUISA. Impetuoso
de mis brazos se desprende
y vuela en pos del coloso.
BLAS. Pero ¿es cierto?
LUISA. No hace mucho
que Pedro aquí trajo un parte
en que consta que con arte
llegó á penetrar...
BLAS. ¡Qué escucho!
LUISA. Cerca de aquí Bonaparte.

Lleno de heróico ardimiento
partió del sargento en pos,
sin escuchar mi lamento;
y allí está en el campamento...
¡Quiera protejerle Dios!

Blas. Bravo jóven! Hoy su frente
merece eterno laurel!

Miguel. Y mientras tanto yo, infiel,
sumido en sueño indolente
solo pensaba...

Blas. Miguel!
No torture tu razon
inútil remordimiento;
conozco tu corazon,
sé que eres un campeon
y debes estar contento.

Miguel. Sin embargo... inadvertido...

Blas. ¿Piensas que sea un exceso
que, tras de haberse batido,
se quede un héroe dormido
siendo al fin de carne y hueso?

Miguel. Llevais razon: yo ignorante
estaba de todo, sí,
pero en aquel mismo instante
que esos... (*Señalando á los que están en la puerta*)

Blas. (*Viéndolos*) Vosotros ahí?
Patriotas! adelante! (*Entran todos*).

Ald. Gracias!—Buena noche.

Blas. Hermanos,
¿qué noticia me ha traido
Miguel?

Ald. Señor, que ha venido
el rey de aquellos tiranos.

Blas. Y cómo lo habeis sabido?

Ald. Uno me contó esa historia
y me dijo, segun creo,
que, pasando el Pirineo,
despues de estar en Vitoria
sigue hasta aquí su paseo.

Miguel. Ya lo oisteis, noble anciano;
ese déspota sañudo

nos lanza un reto inhumano;
acójale el pueblo hispano
con su honra por escudo.

BLAS. Dices bien, su arrojo es tanto
que á concebirse no alcanza;
mas aunque admire y dé espanto,
puede un grito sacrosanto
hacer cejar la balanza.
Contestemos al desden
con que activa nuestra saña
que hombres hay, cual él, tambien
valientes aquí en España,
como el héroe de Bailen.
Y si persiste en su afan
y nuestros campos destroza,
mostrémosle, ¡voto á San!
que un Palafox, un Lazan,
hay tambien en Zaragoza.
Zaragoza! ¡Patria invicta
que atónito el mundo ve;
ella con sangre su fe
sellando está, ella nos dicta
nuestro deber... (*se oyen disparos á lo lejos*).

LUISA. (*Corriendo á la ventana seguida de los demas. Ansiedad general*).
Qué escuché?
No oísteis?

BLAS. A lo que creo
luchando están. (*Cañonazos y descargas lejanas*).

LUISA Pobre Arturo!
Ese horrible tiroteo... (*Relámpagos*).
Qué noche! Ay Dios! Nada veo...
En vano alcanzar procuro
lo que divisar deseo.
(*Separándose de la ventana*).
Corred, volad, castellanos.
¿Qué haceis que quietos estais?
Qué! ¿por ventura temblais?
¿temeis llegar á las manos?

MIGUEL. No, Luisa, os engañais.
Volemos todos: ya henchido

el pecho está de furor.

LUISA. (*vuelve á la ventana*). Se alejan... cesa el ruido!
Solo del viento el bramido
se escucha aqui en derredor.

BLAS. (Noche horrible!)

MIGUEL. Alguna gente
se acerca.

LUISA. (*Corriendo á la puerta del fondo*).
Arturo!... mi esposo!

BLAS. (*Deteniéndola*). Dónde vas?... Luisa!... Detente!

LUISA. Solo Pedro!... es horroroso!
(*Al aparecer Pedro que viene por la derecha del foro, un vivo relámpago alumbra súbitamente la escena. A esto sigue un trueno prolongado. Luisa retrocede aterrada esclamando:*)
¡Piedad! Dios Omnipotente!

Escena VIII.

Dichos, PEDRO.

PEDRO. Ya llegué... ¡Cuerpo de Baco!
¡Qué noche de Satanás! (*Todos le rodean*).

BLAS. Solo!

PEDRO. Soy yo, señor Blas.

BLAS. Y el francés?

PEDRO. Hecho un bellaco.
Matando á troche y á moche..
¡Por vida del otro sol!...
No va á quedar español
vivo en el campo esta noche.

LUISA. Qué es lo que dice? ¡Dios mio!
Y mi Arturo?

MARIA Santo cielo!

LUISA. Hablad, hablad sin recelo;
no mireis mi desvario.
¿Le vísteis en la pelea?
¿Qué hacia? ¿dónde se hallaba?
Hablad, decid...

PEDRO. No paraba,
pues cual valiente guerrea.

Yo le ví... ¡qué corazon!
Qué brazo!... A Dios no vislumbre
si no arrojaba mas lumbre
su espada... que este cañon. (*Golpeando su arma.*)

BLAS. Siempre igual en bizarría!

PEDRO. Jamás conoció el arredro.

BLAS. Prosigue el relato, Pedro...
y ten valor, hija mia. (*A Luisa.*)

PEDRO. Yo me he salvado el postrero.

LUISA. Y Arturo..? Arturo! ¡ay de mí!

PEDRO. Quereis saberlo?

LUISA. Sí, si,

PEDRO. Le han cogido prisionero.

LUISA. Ay! (*Cubriéndose el rostro con ambas manos.*)

BLAS. Cielos!

MARIA. Luisa!

LUISA. (*Llorando*). Maria!

PEDRO. Y aun su valor, su pujanza,
le salvan de la matanza,
que era atroz por vida mia.
El y con él otros varios,
sobre el contrario cayeron
y la liza sostuvieron
cada vez mas temerarios.
Llenos de sangre, aquí herian,
allí cabezas cortaban
y ¡viva España! gritaban;
¡viva España! repetian.
Entonces los estranjeros,
al verlos llenos de heridas,
no les quitaron las vidas;
les hicieron prisioneros.
¡Qué noche! el pensarlo aterra!
Por vida de San Andrés..!
Lanzaba un tiro el francés
y un español iba á tierra.

LUISA. Y en tanto acaso inmolado
esté mi Arturo á esta hora!

PEDRO. Mucho lo temo, señora,
El enemigo enojado
tal vez les niegue cuartel.

LUISA. Pues, bien... ¡Venganza! (*con desesperacion*).
MIGUEL. Venganza!
LUISA. Esa es mi sola esperanza.
MARIA. (Dios mio! Velad por él!)
PEDRO. ¡Pobre amigo! Cuán ageno
se hallaba de verse asi!
El tan valiente!
LUISA. ¡Ay de mi!
Callad, callad.
PEDRO. El tan bueno!
LUISA. No veis que estais torturando
mi doliente corazon?
MIGUEL. Basta ya, su salvacion
vale mas que estar hablando.
Volemos luego al combate
y al ver Dios nuestro ardimiento,
podremos, con nuevo aliento,
conseguir hoy su rescate.
Guiadnos, Pedro.
BLAS. Miguel.
Dios te dé un triunfo seguro.
PEDRO. Sí, sálvese el pobre Arturo
o perezcamos con él. (*Tratando de seguir á Miguel*)
LUISA. Yd todos, marchad en pos.
MIGUEL. Adios, Maria. si aqui
no vuelvo... rogad por mí!
TODOS. Vamos.
LUISA. Sí, si.
MIGUEL. Adios.
TODOS. Adios. (*Vanse por la derecha del foro*).

Escena IX.

BLAS.—LUISA—MARIA.

BLAS. Oh! basta, basta, hija mia, (*A Luisa*).
enjuga tu amargo llanto,
da treguas á tu quebranto;
aminora tu agonia.
Y tú, Maria, ten calma;

Miguel es todo un valiente
que antes de doblar su frente
se deja arrancar el alma.

LUISA. Pero es horrible, Señor.
Bien sabeis vos que esta era
la dichosa primavera
de nuestro bendito amor.

BLAS. Sí, sí...

LUISA. ¿No quereis que llore
cuando perdí la esperenza?
¿No quereis que la venganza
mi labio iracundo implore?
¿Quereis que advierta contenta
sin perder toda mi calma,
que van á arrarcarme el alma
en esta noche cruenta?

MARIA. Luisa! Luisa!

LUISA. Oh!

MARIA. Espera, y en Dios confia.

LUISA. Es imposible, Maria.

MARIA. Para el cielo no lo es, no.

BLAS. Es cierto y tanto penar
lo repruebo por quien soy.
(No hay duda, sino me voy
yo tambien he de llorar).

MARIA. Os vais?

BLAS. Sí, vuestra afliccion
y la mia son iguales.
—Oh! vida! vida! ¿qué vales
si matas el corazon? (*se entra en su cuarto*).

Escena X.

LUISA.—MARIA.

MARIA. Luisa! Luisa!

LUISA. ¿Qué quieres?

MARIA. ¿Siempre así vertiendo lágrimas?

LUISA. Siempre!

MARIA. Mitiga tu pena?

LUISA. ¿Y es posible mitigarla?

Tú sabes bien el cariño
que á mi Arturo profesaba;
tú sabes bien que mi esposo
era mi sola esperanza
y esa esperanza en el cielo
tal vez ahora me aguarda.
Solo en el cielo!

MARIA. Luisa,
si el corazon no me engaña,
tu Arturo vive...

LUISA. Qué, vive?
No, Maria, su pujanza,
su valor, sin duda alguna,
serán de su muerte causa.
El enemigo, envidioso,
cruel, cebado en su saña..

MARIA. Quién sabe?

LUISA. Qué? ¿Te parece
que no habrán tenido entrañas
para matarle? ¿Dí: piensas
tú que á un francés idolatras?...

MARIA. ¡Perdon, Luisa!

LUISA. Bien haces
en pedírselo á tu hermana.
Una española? una hija
de esta infortunada patria,
estimar á un enemigo
que nuestros cuellos amaga!...
Oh! ¡qué valdon!

MARIA. Me asesinas,
Luisa!

LUISA. Si yo me hallara
en tu lugar; si yo á un hombre
advenedizo, insensata
me inclinase...

MARIA. Ay!

LUISA. Te juro
que hasta de mi avergonzada
viviria, que la lengua
de su sitio me arrancara
antes que decirlo á nadie;

antes ay! qué deshonrada
me viesen!

Maria Oh! si supieras
el daño que tus palabras
me hacen! Yo amo á ese hombre;
es verdad, con toda el alma
le profeso...

Luisa. ¿Y qué me importa
á mí tu pasion liviana?

Maria. Liviana? No, pura es,
cual vírgen inmaculada.
Es una luz celestial
que me ilumina, que embarga
mis potencias, que me atrae
y me fascina, y me halaga.
Destello de Dios divino,
rico perfume que exhala
el cáliz de amor, que luego...

Luisa. Sí, te empozoña y te mata.
Yo tambien he conocido
un santo amor que embriagaba
mi corazon; yo tambien
amé á mi esposo, fui idólatra
de Arturo, y esos franceses
sin piedad me le arrebatan.
¡Dios mio! Dios mio!

Maria. (*viendo á los que entran*). (Ah!)

Escena XI.

Dichas.—**Napoleon.**—**El ayudante.**

Nap. Buenas noches.—¿Hay posada?

Luisa. (Ese acento... no hay duda, es estranjero
y á insultar mi dolor llega arrogante.
Lo conozco).

Nap. (*Al Ayud*). Contempla su semblante.
¿No es verdad, que es un ángel hechicero?

Luisa. (Vil francés! tu cabeza me responde
de mi esposo infeliz. En Dios confio)
Adios, Maria, adios.

NAP. (*Al Ayud*). Sí, amigo mio.
MARIA. Luisa ¿Dónde vas?
LUISA. Ya verás donde. (*Se entra en su cuarto*).

Escena XII.

MARIA.—NAPOLEON.—EL AYUDANTE.

MARIA. Señor ¿vos por aqui?
NAP. Perdon ¡oh bella!
si estraviado por la noche oscura,
un pobre caminante se apresura
á seguir, sin saberlo, vuestra huella.
MARIA. En mal hora venís!..
NAP. Lo considero;
el hálito francés os contamina....
¿No es verdad, bella jóven?
MARIA. (Me asesina
con su ademan tranquilo ó altanero).
No lo creais, señor, aquí en mi alma
jamás cupo el rencor ni el odio insano,
¿no sois un hombre vos? no sois mi hermano?
¿Por qué al veros perder debo la calma?
No, no, mil veces no; si llego al veros
á sentir un pesar indefinible,
jamás lo atribuyais al odio horrible
que inspiran hoy aquí los estranjeros.
¿Quién sabe... Yo tambien... (Lengua detente,
no acuses á una madre desgraciada).
NAP. Sin embargo... mostrándoos impaciente
me rechazais...
MARIA Señor...
NAP. ¿Qué teneis?
MARIA. Nada.
NAP. No juzgueis que tan ciego y obstinado
quiera torcer del corazon la idea;
soy francés y enemigo declarado
de vuestra patria, que mi mal desea.
Si la sangre de España se acrisola
en la lucha cruel por cualquier medio,
hablad, jóven, hablad; sois española;

decidme de una vez que os causo tedio.
MARIA. Qué empeño tan tenaz! ¿Quereis que mienta?
¿Quereis que os diga que me causa enojos
vuestra noble persona, sin que sienta
el odio que mostrais ante mis ojos?
Oh! no, no lo exijais... fuera torpeza
fingir lo que no es... Si ayer mi mano
el peligro apartó de esa cabeza,
por ello el corazon me late ufano.
Si os dije que veniais en mal hora,
no es porque tedio vuestra vista inspira
á esta pobre muger; si al veros llora
es porque solo á vuestro bien aspira.
Vos, sin saber por que, me hais inspirado
un afecto, una estraña simpatia...
es la verdad, señor; pero á mi lado
tal vez la muerte sin piedad os guia.
Esa jóven que vísteis es mi hermana,
cuyo pecho era puro y bondadoso,
y ahora, temblando, oyó la nueva insana
de que van á inmolar su noble esposo.
Una hora ha no mas que aquí llorando
la muerte del francés pidiera al cielo
y un padre y cien vecinos escuchando
secundaron solícitos su anhelo.
¡Viva el rey!.. muera el bárbaro enemigo,
gritaron con furor una y mil veces
mientras yo, silenciosa, allí conmigo,
por vos gustaba del dolor la heces.
¿Quereis que os diga mas? (*Truenos*).
NAP. Basta, hija mia;
sois un ángel del cielo; yo os lo juro.
Vuestra hermana es esposa y sufriria...
¿Cómo se llama su marido?
MARIA. Arturo.
NAP. Savary (*Al ayudante con quien habla en voz baja*).
AYUD. ¿Qué mandais?
NAP. Id al momento...
Comprendeis?
AYUD. Ved, señor, lo que intentais.
NAP. Savary, dad la vuelta al campamento.

AYUD. ¿Y solo aquí, Señor?...
NAP. Nada temais. (*Hablan bajo*).
MARIA (Qué hablarán entre sí? ¡Vírgen amada!
proteje su valor y su grandeza!
NAP. (*Al Ayud*). Nada temais; mi suerte y esta espada
velando quedarán por mi cabeza.

Escena XIII.

NAPOLEON.—MARIA.

MARIA. ¿Solo os quedais, Señor? (*Truenos*).
NAP. Aunque un reproche
mereciera mi accion, á mi destino
debeis culpar: terrible está la noche
y lóbrego y difícil el camino. (*Truenos*).
¿No advertís la tormenta como acrece?
MARIA. Harto la escucho!
NAP. Estoy tan fatigado..!
Perdónadme, si en tanto que amanece,
me detengo esta noche á vuestro lado.
MARIA. (¡Dios mio! haced que aquí se halle seguro!)
Sentaos, Señor.
NAP. (Tan buena como hermosa!)
¿Cómo os llamais?
MARIA. Maria.
NAP. Nombre puro
que en mundos de candor tierno reposa.
Guardadle siempre bien y la conciencia,
como hasta ahora, conservad tranquila,
sin que acibare el mal vuéstra inocencia,
sin que brille de amor vuestra pupila.
MARIA. Sois muy bueno, señor.
NAP. Gracias: soy hombre
y esperiencia mi mente ya atesora.
MARIA. Concededme un favor...
NAP. Pedid, Señora.
MARÍA. Pues bien, os lo diré...
NAP. Es..?
MARIA. Vuestro nombre.
NAP. Teneis razon; yo supe molestaros

y en saber vuestro nombre fuí el primero...
Ahora tengo una deuda que pagaros
y un nombre oscuro que la pague espero.

MARIA. Teneis un no sé qué sobre la frente
que alto linage sin cesar revela;
vuestra voz es tan dulce y elocuente
que oirla solo el corazon anhela.
Mas ¡ay! tengo el atroz presentimiento
de que al peligro vuestra suerte os guia.
Oh! mi padre..! Yo corro á mi aposento.
Hasta luego, señor.

NAP. Adios, Maria.

(*Napoleon embozándose en su capa se asoma á la puerta del fondo mientras salé Blas*).

Escena XIV.

NAPOLEON—BLAS.

BLAS. ¿Quien está ahí? (*Desde la puerta de su cuarto*).

NAP. (*Desde la del fondo*). Perdido en la espesura
de ese bosque vecino, estraviada
una senda encontré, y á la ventura
por fin cerca me hallé de esta morada.
Soy estranjero y en la noche oscura
no sé por donde ir.

BLAS. Aquí hay posada.

NAP. Gracias, anciano. (*Adelantando y desembozandose*)

BLAS. Adentro, caballero.
El peregrino aquí...: no es estranjero.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.—Sobre una mesa que hay al otro tado de la ventana, está colocado un sombrero.—Junto á la ventana, en un rincon, un fusil, y junto á este, pendientes de la pared, una canana y cuchillo de monte.

Escena. I.

NAPOLEON.—BLAS. (*Concluyendo de cenar*).

NAP. Con que decís..?
BLAS. Os decia
que han apresado á mi yerno
esas gentes del infierno.
NAP. Perdonad; mas yo creia...
BLAS. Qué?
NAP. Que siendo yo francés
respetá-eis...
BLAS. Qué me importa?
A la larga, ó á la corta,
ya nos veremos despues.
NAP. No os entiendo...
BLAS. Pues lo siento,
que no hablo en cifra, señor.
Esta noche, por favor
os cedo aqui un aposento.
Y si en mi pecho leeis,
vereis mi anhelo sin tasa
de que esta noche en mi casa
dispongais como gusteis.
NAP. Gracias.
BLAS. Dajadme en mi cuento.
Dice el precepto divino:
dá posada al peregrino,
dá de comer al hambriento.

Siempre observé con placer
lo que al cristiano se manda;
me hicísteis una demanda
y os doy casa y que comer.
Mas esto no obsta, á fe mia;
si ahora os respeto aquí dentro,
mañana os saldré al encuentro
y vereis la rabia mia.

NAP. Tan anciano...

BLAS. En nuestra tierra
no hay quien esquive el pellejo.
—¿Quién me impide á mí, aunque viejo,
lucir la calva en la guerra?
Mientras no caiga á pedazos
esta cabeza marchita,
tengo un pecho que palpita,
tengo decision... y brazos.
Y aunque no en la edad viril,
aun tengo fuerzas y arrojo
para escupir con enojo
las balas de aquel fusil. (*Señalando*).

NAP. Hola!

BLAS. No os cause temor:
yo le descargo allá fuera
y á no ser que alguien viniera
á molestaros, señor...

NAP. Fuerais capaz en mi ayuda..?

BLAS. Sí, á fé.

NAP. Siendo un enemigo...

BLAS. Lo haria como lo digo.

NAP. Me defenderiais?

BLAS. Sin duda.

NAP. Gracias.

BLAS. Es mi obligacion.
No las acepto.

NAP. Y si aquí,
estuvierais viendo en mí
al mismo Napoleon..? (*Pausa*).

BLAS. Entonces...

NAP. Qué hariais? Hablad.

BLAS. Entonces... mas no se atreva

á hacer semejante prueba
con mi saña y mi lealtad.

NAP. Tanto le odiais?

BLAS. Sí, por Cristo.
¿Qué español no le aborrece?

NAP. Sin embargo, me parece
que acaso no le hayais visto.

BLAS. Jamás.

NAP. Entonces... tal saña...

BLAS. Os admira de que exista?
Pues, bien, estended la vista
y ved á la pobre España.
¿Quereis que me encoja de hombros
al verla esquilmada y yerta,
toda de sangre cubierta,
¿cubierta toda de escombros?
¿Quereis que su perdicion
no me cause espanto fiero..?
Quitadme el alma primero
y amaré á Napoleon.

NAP. Si el dolor os estravia...

BLAS. Callad..! Al cielo no plugo
que la víctima al verdugo
pueda amar en ningun dia.

NAP. Si asi creeis es distinto;
mas acaso no pensais
que cuando tanto le odiais...

BLAS. Le detesto por instinto...
No me preguinteis por qué,
harto sospechar se deja
porque un pájaro se aleja
del cazador á quien vé.
Harto tambien se comprende
por qué razon nos inspira
ódio la infame mentira
de algun falaz que nos vende.
Exijid, pedid en vano
que la vida ame á la muerte,
que quiera el débil al fuerte
y la paloma al milano.
Pedid que aclame al traidor

el leal, pedid que sin alma
sienta el esclavo con calma
los golpes de un vil señor.
Acaso, con maña y arte,
consigais parte ó el todo;
mas no así, de ningun modo,
que amemos á Bonaparte.

NAP. ¿Sabeis que Napoleon,
á quien odiais tan de muerte,
quisiera labrar la suerte
de esta esquilmada nacion?
¿Sabeis?...

BLAS. Sarcasmo que zumba
lanzado por su calaña;
pero el labrar de la España
quiere...

NAP. La dicha.

BLAS. La tumba!

NAP. Le juzgais con tal pasion...
El es grande...

BLAS. Será inmenso;
pero es tambien, segun pienso,
grande, inmensa su traicion.

NAP. Basta ya! (*Se levantan*).

BLAS. Segun parece
no os gusta que os hable así.
¿Sois su amigo?

NAP. Tal vez si.

BLAS. Vamos, por eso os escuece...
—Pues bien, sellaré los labios;
seré mudo como un leño.

NAP. No, hablad.

BLAS. Lo quereis?

NAP. Me empeño.

BLAS. Y si vuelvo á mis resabios?

NAP. Cuáles?

BLAS. Los de hablar tal cual
de ese titán de la Francia.

NAP. No importa; vuestra arrogancia
no os sienta del todo mal.

BLAS. Pues bien, señor estranjero,

prestadme vuestra atencion;
decid á Napoleon
que es invencible guerrero.
Decidle, pues sois su amigo,
que es un héroe y un coloso;
que su brazo poderoso
alcanza á todo enemigo.
Que destronando á los reyes
va por do quiera su tropa:
que está aterrando á la Europa,
do quita ó do pone leyes.
Decidle, que en mucho tengo
al que nunca fué domado;
que admiro, cuanto me es dado,
al triunfador en Marengo.
Decidle que él es sin par;
que es del siglo la lumbrera;
que al orbe su nombre altera...

NAP. Adónde vais á parar?

BLAS. Decidselo así, señor.
Afirmadle por San Pablo,
que os lo juró un pobre diablo,
viejo y tosco labrador.
Mas decidle, de una vez,
que, aunque mas poder tuviera,
jamás subyugar pudiera
la castellana altivez.
Adios.

NAP Os vais?

BLAS. Sí, me aparto,
que es tarde y dormir querreis

NAP. Está bien, como gusteis.
Vuestra mano... (*Ofreciendo la suya*).

BLAS. Vuestro cuarto.
(*Desentendiéndose con brioso desden y señalándole la primera puerta de la izquierda*).

ESCENA II.

NAPOLEON.

(*Contemplando á Blas que marcha por la derecha del foro*).

¡Pobre anciano! su orgullo le estravia;
mas tiene un corazon recto y humano
y à pesar de su ruda altaneria
hay lealtad en su pecho castellano.
Lleva razon... tal vez con tantas quejas
el leon español sintiera enojos
y torbo, sacudiendo sus guedejas
rugió, tendiendo al Pirineo los ojos.
¿Mas qué importan su enojo y arrogancia?
Supérele tambien en rabia fiera,
cerniéndose en las nubes altanera,
el águila imperial de nuestra Francia.

Escena III.

NAPOLEON.—MARIA.

MARIA. Señor! señor! (*Saliendo de su cuarto*).
NAP. Quién vá?
MARIA. Soy yo, que vengo
otra vez á rogaros que partais
de esta casa fatal.—¿Veis de ese anciano,
que cenaba con vos, la alta nobleza..?
Pues pensad que ella misma será en vano
á librar del rencor vuestra cabeza.
Mi hermana, en saña ardiendo,
llorá la suerte de su triste esposo
y en su mente el peligro revólviendo,
la muerte jura del francés odioso.
Todo es furor aquí... cuanto os rodea
vuestro reposo y vuestro cuello amaga;
libraos, señor, de la incendiaria tea,
sinó temeis á la traidora daga.
NAP. ¡Pobre niña! Calmad desde este instante
la pavorosa angustia que os oprime;
dad treguas al dolor y palpitante
vea yo ese corazon que mustio gime.

Palpitante; mas no de angustia acerba;
no de dolor; sino de dicha ufana
y ese pesar, que vuestra faz enerva,
vea convertirse en espansion mañana.

MARIA. ¿Mañana..! No; que no luzca ese dia;
que no asome la aurora por el cielo,
sin que, lejos de aquí, salvo, Maria,
feliz os vea en apartado suelo.
Huid, señor, huid.

NAP. Tenaz empeño!
¿Temeis, acaso ¡oh niña! por ventura,
que me halle aquí vuestro dichoso dueño
y celosa se muestre su ternura?

MARIA. Qué estais hablando?

NAP. Sí, ya lo advino.
Vos amais, os adoran... y si llega
vuestro amante y me encuentra en su camino,
su duda muestra á la pasion que os ciega.
Mas no temais por mí; que aunque en el suelo
no hay como vos un ser de tal belleza,
solo á mirar me atrevo á vuestro cielo
para admirar su espléndida grandeza.
Sin embargo; si de ello compelida,
no quereis que me encuentre en vuestra casa,
si quereis ocultarle que mi vida
debo tan solo á la piedad no escasa
de un ángel de bondad, teneis derecho:
pedid, dictad... aunque la noche es fiera
yo marcharé de aquí y en donde quiera
un recuerdo hácia vos tendré en mi pecho.

Escena IV.

NAPOLEON.—MARIA.—MIGUEL *que se oculta.*

MIGUEL. (Cielos qué miro!) (*Retrocede al verlos*).

NAP. Adios, bella Maria.

MARIA. Partid, partid, tan solo eso ambiciono;
mas no penseis que avara el alma mia
por otro amor os lanza al abandono.

Si deseo apartaros, si os lo pido
de rodillas, sabed que solo pienso
en vos, señor, porque si os veo perdido
será por siempre mi dolor inmenso. (*Hablan bajo*.

MIGUEL. (Ingrata! sin piedad me está matando;
mas fuerza es apurar todo el veneno
de los celos; sigamos escuchando
y estalle el corazon dentro del seno).

NAP. No amais á otro mortal?

MARIA. No; yo os lo juro.
Siempre libre de amores, me sentia
feliz, tranquila, y en mi alvergue oscuro
gozaba de pacifica alegria.
Solo mi amor cifré en las gayas flores,
pues su hermoso perfume me embriagaba,
ó en el sol cuyos vivos resplandores
estática mil veces contemplaba.
Amaba á la creacion, amaba al mundo
con su pompa y magnífica belleza
y, sumida en mi éxtasis profundo
amaba al Hacedor de su grandeza.
Esa fué mi pasion, esa mi guia,
esa la historia de mi edad pasada;
¡insensata de mí! no preveia
la suerte que me estaba reservada.
Sonó luego el cañon y el fiero Marte
segando el campo me agostó las flores;
tendí la vista y ya en ninguna parte
el objeto encontré de mis amores.
Se amortiguó la brisa y fué su arrullo
convertido en estrépito violento:
sentí del rio el plácido murmullo
y al mirarle le hallé todo sangriento.
Alcé mis ojos con ferviente anhelo
y el humo de la pólvora entrevia
que, fúnebre crespon, velando el cielo,
á eterna noche condenaba el dia.
Y perdida la fe, loca, sin calma,
no encontrando mis brisas, ni mis flores,
sentí un vacío en lo interior del alma
y buscar nécia quise otros amores.

Amar! ¿y á quién amár cuando la valla
de la paz se rompió, y en la serena
noche, resuena la infernal metralla
que el monte y valle sin cesar atruena?
A quién amar? No, no; si despedaza
mi corazon la pena como veis,
solo es por ver que el hierro os amenaza;
porque anhelo tan solo que os salveis. (*Se oyen voces de alerta.*

MIGUEL. (Ingrata! Tu insensato devaneo
presa mortal de celos pudo hacerme:
pero esa voz rechaza tu deseo:
¡Alerta, dice, el español no duerme!)

MARIA. Esa voz!.. no la ois?... es un gemido!..
Perdonad; no salgais; ella me advierte
que solo, si salis, podeis perdido
tropezar ¡cielo santo! con la muerte.
No saldreis... ¿no es verdad?

NAP. Vos lo quereis
y una súplica vuestra es un mandato;
mas, si dormis, por Dios que no soñeis
en peligros remotos.

MIGUEL. (¡Insensato!
No tan remotos, no).

NAP. Leda y galana
os halle el sol del venidero dia.
Adios, hermosa niña, hasta mañana.

MARIA. Adios, señor. (*Acompañándole hasta su cuarto*).

MIGUEL. (Cruel!... ahora es la mia).

Escena VI.

MARIA.—MIGUEL.

MIGUEL. ¿Con que era cierto?

MARIA. (*sorprendida*). Miguel! (*Prorumpiando en llanto*).

MIGUEL. Basta, que el llanto me irrita.

MARIA. Por vuestro amor!...

MIGUEL. Señorita...
Amor... pedidselo á aquel.—

Mientras que yo peleando
bendecia vuestro nombre,
vos estábais de ese hombre
frases de amor escuchando.
Mientras vos ibais en alas
de acentos tiernos, queridos,
yo escuchaba en mis oidos
el sílbido de las balas.
Mientras vos, entretenida,
le hablábais con tal terneza...
yo, al jugarme la cabeza,
por vos amaba la vida.

MARIA. Basta! basta! eso es terrible!

MIGUEL. ¿Hallásteis un desatino
el amar á un campesino
tan tosco, tan insufrible...
No es cierto..? Vamos, hablad;
mas primero, señorita,
quiero hacerle una visita
á vuestro amante. (*Queriendo entrar en el cuarto de Napoleon*).

MARIA. Oh! Callad!

MIGUEL. Y juro por mi nacion,
que, al darle la bien venida,
le tengo ya prevenida
una bala en mi cañon.
Yo le haré ver lo que es
el furor de un castellano.

MARIA. ¿Sois, por ventura, un tirano?

MIGUEL. Todo soy... menos francés.

MARIA. Y os vengareis?

MIGUEL. Cabalmente.

MARIA. ¿De qué manera?

MIGUEL. A metralla.
Cuando empieze la batalla
nos veremos frente á frente.
—Así me vengo, señora;
en el campo y nada mas,
que el hombre honrado, jamás
tuvo una mano traidora.
Y aunque una muger perjura

vendió mi amor, eso es poco;
antes que volverme loco...
queda una muerte segura.

MARIA. Oh!

MIGUEL. Permitidme un momento
contemplar á ese señor.

MARIA. Es imposible!

MIGUEL. Mejor.
Lo imposible es lo que intento.
Maria! atrás!

MARIA. Oh! Miguel!
¡Piedad! ¡piedad!

MIGUEL. Tarde invoca
esa virtud vuestra boca.

MARIA. Dios mio!

MIGUEL. Abrid por Luzbel.

MARIA. Esto es fiero, abrumador!

MIGUEL. Aun lo es mas vuestra osadía
Cuando abandonais, Maria,
por un estraño mi amor
Aun es mas, cuando sabeis
que os quise con toda el alma;
cuando mi dicha y mi calma
turbado por siempre habeis.
Yo os amo como la estrella
ama al cielo que es su orgullo;
como el viento á su murmullo;
como el ave á su querella.
Y vos, buscando consuelos,
os entregais á un francés..!
Su amor vuestra vida es
y mi muerte... son los celos.
Sí, confesarlo es preciso;
mientras que, en mi amor interno,
me está abrasando un infierno,
vos gozais de un paraiso.
Vuestras palabras creí,
como un imbecil ó un niño,
y al ver mi inmenso cariño
me olvidásteis!

MARIA. ¡Ay de mí!

MIGUEL. Eso es igual en agravios,
que al desdichado sediento
ponerle, con fiero intento,
solo una gota en los labios.
Es igual que al desvalido
quitarle el pan de su estancia,
ó á las flores su fragancia,
ó al ave su pobre nido.
Es igual...

MARIA. Por compasion!
Piedad! piedad!

MIGUEL. Es en vano.

MARIA. Siempre os amé como á hermano.

MIGUEL. Vendiéndome el corazon.

MARIA. Yo no le amo...

MIGUEL. Mentira!

MARIA. Mas mi padre, en su bondad,
le ha dado hospitalidad...

MIGUEL. Eso es lo que mas me admira.
Un español tan honrado...
No puede ser; ¡imposible!
Es eso tan increible...,
como el que yo soy amado.
Vos, sin duda, enamorada,
haciendo de amor alarde,
habeis traido á un cobarde
á quien el plomo anonada,
ó mas bien á un vil traidor
que os seduce y nos espía
—Vuelvo al momento, Maria.

MARIA. Por mi vida!.,. (*deteniéndole*).

MIGUEL. (*rechazándola*). Por mi honor!
(*Maria, abismada en su dolor, se queda junto á la puerta del fondo por donde marcha Miguel*).

Escena VI.

MARIA.—LUISA.

LUISA. (*saliendo de su cuarto sin ser vista de Maria*)
Oh!—Llegó el momento, sí;

llegó el terrible momento
en que acabe este tormento
que me está acabando á mí.
(*Acercándose al medio de la escena*).
Duerme, francés; con delicia
gozando del sueño estás
y pronto despertarás
en brazos de mi justicia.
Represalias!... eso quiero.
Cuando de dormir acabes...
(*Se queda un instante pensativa y luego se dirige hácia la puerta del fondo*).

MARIA. Luisa! ¿Dónde vas?

LUISA. No sabes?...
Oh? ven, ven... (*cogiéndola una mano*).
Un estranjero
duerme allí... ¿Lo ignoras? (*sarcásticamente y con furor*).

MARIA. Oh!

LUISA. Mi Arturo murió á los filos
de sus aceros!... Tranquilos
duermen cuando velo yo.
Ellos, con loca esperanza,
buscan en sueños la suerte;
yo solo sueño en la muerte,
solo pienso en mi venganza.
Venganza eterna, sombría,
que me sostiene en el mundo;
odio terrible y profundo
que me alienta en mi agonía.

MARIA. Oh! Qué intentas? Dios eterno!

LUISA. Ven...

MARIA (Desdichada de mí!)

LUISA. ¿Sabes tú que ardiendo aquí
tengo en mi pecho un infierno?
¿Sabes..? mas nó; mi penar
no le has comprendido, no...
Este es un fuego que yo
con sangre debo apagar.
Adios.

MARIA. Detente un momento!

Detente!

LUISA. Vana quimera!
Allí mi venganza espera.

MARIA. Dónde vas?

LUISA. Al campamento.
Ellos verán mi dolor;
ellos verán mi coraje
y ellos vengarán mi ultraje.

MARIA Ah! te ciega tu rencor.
Ese infeliz...

LUISA. Le detesto. (*Quiere irse*).

MARIA. No saldrás... (*Deteniéndola*).

LUISA. Tu esfuerzo es vano.
Aparta!

MARIA. Dios soberano!

LUISA. Aparta! (*Rechazándola*).

Escena VII.

Dichas, BLAS.

BLAS. Luisa ¿qué es esto?
¿Qué es lo que he llegado á ver?
¿Piensas, cual otros villanos,
que manchándote las manos
algun milagro has de hacer?
¿Piensas, en tu enojo inmenso,
que una traicion horrorosa
calme á la ofendida esposa
matando á un hombre indefenso?
¿Piensas que así se cobija
en mi casa un vil verdugo?

LUISA. Oh!

BLAS. Si tal pensar te plugo...
no digas que eres mi hija.

LUISA. Señor..!

BLAS. Levanta tus ojos;
alza la enhiesta cabeza
y piensa con mas nobleza
si has de aplacar mis enojos.

LUISA. Señor, yo estoy loca, sí.

BLAS. Silencio! Cierra esa boca
y olvide pronto la loca
que hay un estranjero allí.
LUISA. Pero mi Arturo...
BLAS. Su suerte
acaso esté ya fallada;
mas no quiero que manchada
su esposa se halle á su muerte.
Llora..! llora; eso es mejor...
eso, hija, me consuela;
eso, Luisa, revela
la grandeza de tu amor.
Mas no te quepa la duda
de quedarte sin venganza;
yo atesoro esa esperanza
y Dios vendrá en nuestra ayuda.
Llora, hija mia, eso es bueno;
eso, en parte, cicatriza
la herida que martiriza
tu puro y doliente seno.
Eso calma el padecer;
eso es mas propio de tí:
lidien los hombres allí...
y llore aquí la muger.
MARIA. Noble padre!
BLAS. Y tú, Maria;
que en esta ocasion has sido
amparo del desvalido,
ven tambien aqui, hija mia,
LAS DOS. Padre!
BLAS. ¡Oh Dios! que tanto anhelo
desde el cielo estás notando,
¿no me dirás para cuando
nos reservas un consuelo?
Míralas..! La una viuda
reclama tu ayuda inmensa;
la otra virgen é indefensa
tambien espera tu ayuda.
Ambas ¡oh Dios! necesitan
tu divina proteccion,
mientras á mi al panteon

los años me precipitan.
(*Caen de rodillas*).
Mírales .! Ya prosternadas
invocan tu santo nombre.

MIGUEL. (*Apareciendo en la puerta del fondo*).
Aquí se oculta ese hombre.
¡Adelante, camaradas!

Escena VIII.

Dichos.—MIGUEL, *seguido de algunos hombres armados*

BLAS. Qué es esto? Quién vá allá?
MIGUEL. Sabeis, anciano,
lo que sucede?
BLAS. Qué?
MIGUEL. Sabeis que oculto
en vuestra casa está un francés villano
y que cobarde nos esquiva el bulto?
BLAS. Quién te ha dicho?...
MIGUEL. Tended indagadora,
en torno de vos mismo una mirada
y una amante hallareis, de fé traidora,
que insensata le acoje.
MARIA.. (Desdichada!)
BLAS. Miguel, silencio! De iracundos celos
te dejas arrastrar inútilmente...
MIGUEL. ¡Ojalá que no fueran mi recelos
sino sueños funestos de la mente!
¡Ojalá que ese crímen que me pasma
y me oprime y me cubre de mancilla,
fuera tan solo aterrador fantasma,
producto de espantosa pesadilla.
Pero es cierto mi mal; yo, delirante,
amaba á una mujer, siempre traidora,
que en ser voluble, solo fué constante.
MARIA. Basta ya por piedad!
MIGUEL. Nunca, señora!
Ya os lo dije, habeis muerto mi esperanza,
me habeis el corazon hecho pedazos,
mé le habeis triturado y mi venganza

va á desatar tan delincuentes lazos.
—Señor Blas! aquí está un hombre escondido;
es un francés... ¿lo oís? (*A los suyos*).
Muchachos!... Ea!
Yo os entrego á ese mísero bandido. (*Avanzando*)
(*Blas se coloca delante de la puerta del cuarto de Napoleon para impedir la entrada á los aldeanos. Maria, suplicante, pretende detener á Miguel*).

BLAS. Y yo me opongo á tu infernal idea.
MIGUEL. Inútil es.
MARIA. Miguel!
MIGUEL. Es ya muy tarde.
Es un cobarde y...
ALDEANOS. Muera!
BLAS. Esos furores...
MIGUEL. Quitaos, Blas! (*Despues de rechazar á Maria*).
BLAS. Nunca! Nunca!
(*Blas avanza dos ó tres pasos en señal de amenaza. Napoleon abriendo la puerta repentinamente se presenta con los brazos cruzados. Todos retroceden al verlo escepto Blas, Maria y Luisa*).

Escena IX.

Dichos.—NAPOLEON.

NAP. Atrás, señores!
Atras!... Napoleon no es un cobarde.
TODOS. Napoleon!
NAP. El mismo, sí, altaneros! (*Pausa*).
BLAS. Con que vos?...
NAP. Tal idea os anonada,
¿no es verdad? mas ¡abajo esos sombreros!
que estais viendo una frente coronada!
(*Todos se descubren respetuosamente.—Blas que lo estaba antes, se aproxima á la mesa, coje su sombrero que está encima de ella y se lo pone cruzándose de brazos*).
NAP. ¿Me habeis oido, Blas?

BLAS. Aunque pregona
la fama vuestro nombre, estoy pensando
que aquí sois un monarca sin corona.
Nadie en mi casa es rey; yo solo mando!
Y os suplico, señor, que no os asombre
esta muestra, quizá, de mi arrogancia...
(*á los suyos*).
¡Cubrios las cabezas! Es un hombre.
NAP. Decid un soberano.
BLAS. Eso... allá en Francia.
Ya es hora de volver á quien nos vende
golpe por golpe y sepultar con saña
al águila imperial que el aire hiende
gozándose en los males de la España.
Hora es ya que potentes nuestros brazos
al notar sus mezquinas ligaduras,
las arrojen en mil y mil pedazos
sin mas vacilacion ni conjeturas.
Ya es hora de que sólios, levantados
entre sangre, conquistas y opresiones,
caigan todos al suelo, calcinados
por el fuego de hispánicos cañones.
Sí, ya es hora por fin que nuestro encono
destroce de esa frente la diadema
y que sepais, tambien, que en vez de un trono
os guardamos tan solo un anatema.
NAP. Sé que sois un leal; por eso escucho
tan audaces palabras, buen anciano.
BLAS. Probar mi fe quisísteis y eso es mucho.
NAP. Adios, Blas. (*tratando de marcharse*).
MARIA. (Y se marcha!)
LUISA. (*Interponiéndose*). ¡Atrás, tirano!
(*Al decir esto Luisa, Blas retrocede y confundiéndose entre los grupos que están cerca de la puerta, habla con algunos aldeanos que le prestan suma atencion*).
—Míradlo ahí! miradle, frente á frente,
respirando aun rencor su saña loca,
siempre igual su ademan, siempre insolente,
con su risa glacial allí en su boca.
¿Y á vos, á vos os llaman grande hombre,

omnipotente, inmenso, poderoso?...
¿Vos teneis de magnánimo renombre
y dejais que asesineu á mi esposo?
Lo conozco muy bien; teneis empeño;
huis porque su vida no os demande.
—Si así alcanzais la gloria... sois pequeño
y á un gusano ante vos contemplo grande.

NAP. Voy á marchar, señora, ¿no me oisteis?

LUISA. Imposible el salir!

NAP. Ya habrá caminos.

LUISA. En mal hora, señor, aquí vinísteis.

NAP. Estoy entre españoles ó asesinos?

LUISA. Estais... á mi merced; por eso os juro
que para vos la hora ya ha sonado.

MARIA, Dios santo!
(*Viendo á Luisa que va á apoderarse del cuchillo de monte que está colgado junto á la ventana*).

Escena X.

Dichos.—ARTURO, *por el fondo.*

ARTURO. Luisa mia! (*corriendo á abrazarla*)

LUISA (*tirando el cnchillo*) Arturo! Arturo!

ARTURO. (*á Nap*). Gracias, gracias, señor!
(*á los demás*). El me ha salvado.

LUISA. Salvado tú por él!... Y yo insensata
quise su muerte!

NAP. Luisa, ya lo veis.
supongo que, á este bien, menos ingrata
libre el paso por fin me dejareis.

LUISA. Salid, señor.

NAP. Adios.
(*Va á salir; pero Blas que ha estado hablando antes con los del pueblo, se apodera de un fusil y le impide el paso. Napoleon retrocede con marcada indignacion*).

BLAS. Atrás!

NAP. Qué es esto?

BLAS. Napoleon, el labio os ha vendido.
—Quedais mi prisionero —A vuestro puesto,
muchachos. Dios aquí nos le he traido.

NAP. Osado! Qué intentais? ¿Habrá quién pueda
cruzarse en mi camino?

BLAS. Ya lo veís...
Un pobre viejo la salida os veda.
Bonaparte, sois mio; no saldreis!

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.—Todas las puertas están cerradas la escena alumbrada por dos bugías.

Escena. I.

NAPOLEON *sentado junto á una mesa. Al levantarse el telon dan las dos.*

NAPOLEON.

Las dos ya..! ¿será un sueño por ventura
mi amarga posicion embarazosa,
ó será que cansada mi fortuna
hoy las espaldas con desden me torna?
Imposible el creerlo..! ¿Qué diria
ese mundo que tiembla ante mi gloria,
si supiese que el carro de mis triunfos
detuvo su carrera poderosa?
Qué diria si viese que mi estrella,
cegando un dia á la aterrada Europa,
hoy, eclipsada en el oscuro espacio,
pálida luz, agonizante, arroja?
Preso yo..! Bonaparte sepultado
entre cuatro paredes..! Esto asombra!
Ah! Blas..! Blas..! Te juro, que si el cielo
me libra de tus garras, poderosa
mi diestra sentirás; pero, entre tanto,
para morir el corazon me sobra.

Escena II.

NAPOLEON—BLÁS.

(*Al entrar Blas se entreabre la puerta del fondo, dando lugar á que puedan verse los centinelas que la guardan*).

BLAS. ¿Me permitís..?

NAP. Entrad si os place, anciano.
No me pidais licencia.
BLAS. Mi persona
tal vez estorbo os haga.
NAP. Y ¿quién ha dicho
que estando vos en vuestra casa ahora
y en vuestra casa yo, soy estranjero
con quien guardar debeis escrupulosa
atencion?—Anciano, con franqueza
tratadme, porque en ello me hareis honra.
BLAS. Vuestra ironía...
NAP. Qué! ¿ya, por ventura,
se os ha borrado, Blas, de la memoria
mi llegada á esta casa? ¿Hais olvidado
que, perdido en las sendas escabrosas
que conducen al pueblo, pedí asilo
á un anciano...
BLAS. Señor, bien sé esa historia.
Recuerdo que al pisar esos umbrales
pidiendo albergue, os dije sin demora;
«—el peregrino aquí no es estranjero;
entrad, señor, mandad en vuestra choza.»
—Esto fué lo que os dije, lo recuerdo;
mas tambien, si la mente no está ociosa,
creo recordar, que vos me preguntásteis
si estando Bonaparte aquí en persona
cogeria el fusil en su defensa;
y creo, sinó es flaca la memoria,
que os contesté: «¡quién sabe! ved la España
que ese titán de Francia desmorona;
ved sus ruinas... nunca, por el cielo,
mi saña y mi lealtad a prueba ponga.»
NAP. Continuad.
BLAS. Ignorante y sin cuidado
me retiré á dormir; hasta mi alcoba
llegó el rumor de algunos insensatos
que á buscaros venian; con zozobra
á este sitio llegué, por defenderos,
y sabe Dios que lo cumplí con honra.
NAP. Entregándome.
BLAS. Nunca..! Aquella puerta

no la abrí yo, ni abrirse debió sola;
la abrió un valiente, un héroe, un rey gigante;
la abrísteis vos, señor... esa es la historia.

NAP. Y luego que una niña, sojuzgada
por insensata cólera, furiosa
se arrojó á asesinarme ¿no la vísteis
en brazos del esposo á quien adora
que, salvado por mí, por mi la calma
y la vida tambien dichoso goza?
¿Qué hicisteis vos despues?

BLAS. Si no lo olvido,
impediros el paso.

NAP. Accion heróica!

BLAS. Heróica, sí; me juego la cabeza
y ya veis que no espongo poca cosa.
No me digais que, ingrato, un beneficio
pago, señor; la madre patria evoca
ante mi vista sus gloriosos manes
y por vengarse clama á toda hora.
Veo sus hijos desechos, mutilados,
cayendo aquí y allá; sus hijas todas,
viendo sufrir al padre y al esposo
y al hermano, sus lágrimas devoran.
Veo presas de las llamas nuestras casas,
despues de saquearlas vuestras tropas
y hasta el templo de Dios es profanado
con sacrílega injuria escandalosa.
Todo es sangre y furor: todo matanza,
destruccion y gemidos y zozobras;
todo luto y horror y todo dice
que el artífice vos sois de esa obra.
¿Quereis, pues, que por ver á la hija mia,
por vos, señor, tornada á ser dichosa,
olvide tantos males como aquejan
á otros mil y mil hijas españolas?
No, señor... entre tantos halaridos
el grito de su amor es poca cosa.
Perezca si se quiere mi conciencia;
mas sálvese mi patria á toda costa.

NAP. ¿Vais á matarme, ó qué?

BLAS. Líbreme el cielo

de tal crímen; al fin ceñís corona
y el ungido de Dios, respeto infunde
al que de honrado y español blasona.

NAP. Y no pensais que, acaso, en este instante,
mis generales y mi guardia toda,
pueden venir aquí? ¿Qué hariais entonces?

BLAS. Entonces!...

NAP. Blas, hablad.

BLAS, Medios me sobran
para haceros morir, sin que á un cabello
se os tocase.

NAP. Decid ¿y de qué forma?

BLAS. Es mi secreto.

NAP. Y si os faltase?

BLAS. Entonces
rey por rey... vos, señor, estais de sobra.

NAP. Basta ya! (*se levanta*). Si escucharos he querido
no juzgueis que el aliento me abandona.
Para aplastar á un mísero gusano
como vos, esta espada está de sobra.
Salid de aquí!

BLAS. Saldré si lo mandais;
pero os ruego, señor, que de mi boca
escucheis dos palabras y un instante
vuestra atencion presteis si os acomoda.

NAP. Os escucho.

BLAS. La espada que en el cinto
junto á vos conservais, pudiera rota
haber visto á mis pies, cuando apresándoos
el paso os impedí no hace una hora.
Pensaba que esa espada era muy grande
y en su vaina dejé su limpia hoja,
sabiendo que jamás se mancharia
en un gusano vil; pero si monta
en cólera ese pecho y me atraviesa...
vos tambien morireis sin mas demora.
Doscientos hombres hay que solo esperan
una voz, una seña, una tan sola,
para entrar é inmolaros al instante.

NAP. Pues bien; ¿á qué esperais? ¿por qué no brota
de vuestros labios la señal?

BLAS. Bien poco
conocisteis á Blas.—Cuando la aurora
quiera lucir en el celeste espacio,
vos conmigo saldreis; vias ignotas,
señor, habeis de andar y en las montañas
prisionero os tendré. Allí hay de sobra
guaridas mil que todos desconocen
y ¡vive Dios! señor, que aunque de Europa
seais conquistador; aunque á la vista
del francés estandarte tiemble toda,
ó nos volveis la libertad perdida,
ó no saldreis jamás de una mazmorra.
Este es mi plan: en tanto yo os prometo
que nadie os tocará ni aun en la ropa;
pero si vienen á salvaros antes,
si vos quereis huir, si vuestra boca
deja escapar un grito, procurando
que en el campo francés el eco oigan,
sin miramiento y sin respeto alguno,
morireis.

NAP. Idos, Blas.

BLAS. Hasta la aurora,

Escena III.

NAPOLEON.

Insensato!... Apenas sé
cómo á contenerme llego.
Sin duda te han vuelto ciego
tu patriotismo y tu fe!
—Rugiendo como un leon
te vas de aquí... ¡Pobre lóco!
Sin duda tienes en poco
hoy mi régia indignacion.
Vuelve; muy pronto la aurora
te conducirá hácia aquí;
mas ruégale á Dios por tí...
porque ha sonado tu hora.

Escena IV.

NAPOLEON.—MARIA *que entra por la puerta secreta.*

NAP. Vos, por ahí, Maria?
MARIA. Perdónadme,
si aun me llego hasta vos.
NAP. Por qué, hija mia?
Vamos, valor!... habladme
y vea renacer vuestra alegria.
¿Qué os aqueja?
MARIA. Lo ignoro, es un tormento,
una idea perdida,
que, al cruzar, cual fantama el pensamiento,
á negra incertidumbre dá cabida.
—No sé por qué, os lo juro, en este instante
por vos siento de amor activa llama
y... ya lo veis, señor, ni sois mi amante,
ni ese es el fuego que mi pecho inflama.
Siento orgullo al trataros;
siento, al veros, tristeza y alegria
y en esta situacion, al contemplaros...
NAP. Os comprendo, Maria.
Vos venis á salvarme; en vuestros ojos
la dulce compasion está pintada—
y aunque esa compasion me diera enojos
si en otros ojos viérase espresada—
yo la acepto de vos... dadme esa mano,
yo un ósculo de amor sellando en ella,
un pacto soberano
haré, mediante vos, hoy con mi estrella.
(*Se la besa*).
MARIA. Me aguardábais ¿no es cierto?
NAP. Os aguardaba
como á la luz el mundo;
como á su madre el desvalido hijuelo;
como espera la flor al sol fecundo
con sus rayos de amor y de consuelo.
MARIA. Pero sabiais..?

NAP. Nada.
MARIA. De qué manera entonces..?
NAP. Solamente,
al entrar, comprendí en vuestra mirada
la idea que bullia en vuestra mente.
Sí, sí, llegué á esplicarme,
al mirar vuestra tímida alegría,
que intentábais solícita salvarme.
Mas... pronto, huid, Maria,
huid de este aposento,
que solo en él se advierte
ese soplo letal del pensamiento
que frio zumba al distinguir la muerte.
Huid, yo os lo suplico.
MARIA. No insistais:
en la estrella que os guia, se halla envuelta
mi dicha ó mi desgracia; si os quedais,
yo me quedo con vos... estoy resuelta.
—Mas no; no hagais de obcecacion alarde;
rápido el tiempo pasa...
un momento no mas y será tarde;
huid por compasion, huid de esta casa.
Esa puerta dá al campo y aun que todo
respire, junto á vos, odio y corage,
nadie os verá salir.., ¿Sabeis el modo?
pues vedlo aquí: poneos este trage.
(*Sacando uno de campesino que trae consigo*).
Es cierto que la casa está cercada;
pero, podeis fiaros;
sorprendí la consigna...
NAP. Niña amada!
mi gratitud no sé como mostraros.
Mas ¿qué puedo temer?
MARIA. Quizás.., acaso
el fúnebre, el terrible desconsuelo
de una muerte cruel!
NAP. No, no es creible;
sois un ángel del cielo
y estando junto á vos lo hallo imposible.
MARIA. Oh! no, no digais tal, salid del paso.
Frívolo es ese honor, pueril su grito.

Huid por esa puerta
que yo sola conozco... (*Voces lejanas*) ¡Dios bendito!
otra vez esa voz..!

VOZ (*dentro*) Alerta!

MARIA. (*con abatimiento*) Alerta!

NAP. Por poco os inquietais.

MARIA. Estoy temblando!
Esa voz funeral que alerta clama...

NAP. Es la Patria, Maria; está velando
y uno por uno á sus guardianes llama.

MARIA. Y os quedareis?

NAP. Me quedo; con Dios cuento.

MARIA. Dadme un salvo-conducto
que llegar no me impida al campamento.
Nopoleon vierte en un papel algunas gotas de cera, estampa un sello y se lo dá á Maria.

NAP. Tomadle y quiera Dios que os dé producto.

MARIA. Diré que preso estais..

NAP. Y vuestro padre
cómo hallará conducta tan estraña?
Mas... decidme, hija mia, ¿teneis madre?

MARIA. Jamás la conocí.

NAP. Vivió en España?
Porque veo que vos desque me visteis,
me profesais ilesa
una pasion tan tierna... y ¿no supísteis
si acaso vuestra madre era francesa?

MARIA. (¡Que pregunta..!) Escuchad: algunas horas
hace, que yo contábame por hija
del anciano que aquí preso os retiene;
pero esta noche me contó una historia,
que fija estará siempre en mi memoria,
pues todo un mundo de dolor contiene.
Fruto bastardo soy de una española,
que allá en Francia moraba,
acaso aislada, sola,
al lado de un esposo á quien no amaba.
¡Madre mia..! Tal vez, por ver propicio
á Dios, en su quebranto
hizo, al marcharse, el doble sacrificio
de dejarse la paz llevando el llanto.

Tal vez su horrenda suerte,
al separarla de su hija amada,
su vida entera condenó á la muerte;
¡muerte lenta, penosa y agitada! (*Llora*).

NAP. ¡Maria!

MARIA. !Perdonadme
si, olvidada de vos, lleno de luto
mi pobre corazon, rindo un momento
á su triste memoria este tributo
de amarguísimo lloro!

NAP. Y no sabeis su nombre?

MARIA. No, lo ignoro.

NAP. (¡Que sospecha! ¡Dios mio! Es tan hermosa!
Su frente... su color... su galanura...
Pero yo la perdí!—¡Es horrorosa
esta duda cruel, esta tortura!)

MARIA. Voy corriendo á avisar que os tienen preso.
Acaso nadie á imaginar alcanza
tan triste posicion.

NAP. (Causa embeleso
su candor infantil.) Adios, Maria.

MARIA. Vos mi dicha formais.

NAP. Vos.. mi esperanza.

Escena V.

NAPOLEON.—MIGUEL.

(*Napoleon se queda contemplando á Maria, que marcha por la puerta secreta. Miguel embozado en una capa, aparece por la del fondo y contempla la accion de ambos con amarga desesperacion. Despues se acerca á Napoleon y poniéndole una mano en el hombro, le hace retroceder indignado*).

MIGUEL. ¿Contemplais á esa inicua?

NAP (*Echando mano á la espada*).
¡Atrás, osado!

MIGUEL. Eso apetece mi venganza fiera.
Defendeos!... estoy ya preparado;
amante ó seductor un hombre muera.
(*Desembozándose y sacando la espada*).

NAP. Desesperado estais.
MIGUEL. Sí, sí, lo estoy.
Lo quiso así la desventura mia.
Desesperado á demandaros voy
el candor, la virtud de mi Maria.
Yo la amaba, su amor era mi estrella,
era el foco de luz que me guiaba:
era la vida de mi vida... Ella
era el cielo, la gloria que esperaba.
¿Qué me resta sin ella?... Solo un mundo
preñado de dolor y eterna mengua.
mengua, sí; conoció un amor inmundo...
NAP. ¡Detened, detened la infame lengua!
Esa niña es tan pura como el cielo.
MIGUEL. ¡Mentís!... ¡Mentís!...
NAP. (*sacando la espada*). Ea!.. Basta.—Atrás, villano!
MIGUEL. ¡Bonaparte!... eso ansío, eso anhelo!
¡Defiéndete cruel!.. (*riñen*). ¡Dios soberano!
(*viéndose desarmado*).
NAP. Desarmado estais ya.
MIGUAL. Matadme presto!
¡Matadme!. (*rumor dentro*).
NAP. ¿No escuchais?
VOCES. (*dentro*). ¡Traicion! traicion!
NAP. Pronto vendrán, huid; estais espuesto.
MIGUEL. Arrancadme primero el corazon.

Escena VI.

Dichos.—BLAS.

BLAS. ¿Quién será el infame... oh!
que pueda habernos vendido?
¿Podrá haber un mal nacido?...
—Pero. . no, no saldreis, no.
(*A Napoleon con furor creciente*).
¡Bonaparte! Al pueblo ibero
valiente, honrado, animoso,
insultásteis orgulloso,
sin ver quien era primero.
Vos pusísteis en mal dia,
para dar un mal paseo,
la planta en el Pirineo...
NAP. Estais loco?

BLAS. Sí á fe mia.
Loco de ardiente corage,
loco, totalmente loco,
al ver que teneis en poco
á España.—Con fiero ultraje
quereis llenar á Castilla
de mancilla, sin mirar
que hijos ella sabe dar
como Guzman y Padilla.
Loco estoy al ver que aquí
como á esclavos nos trateis
y al vernos morir gozeis
diciendo:—¿Qué me dá á mí?
NAP. —Sangre vertida á torrentes
por mis bizarros soldados,
hará á estos hombres honrados
sucumbir, aunque valientes.
Y entre ruinas y escombros
un sólio levantaré
y hasta Madrid llegaré
llevado sobre sus hombros.»
BLAS. —Eso pensais... ¿no es verdad?
NAP. Algo de cierto decís.
BLAS. Pues lo será... si salis
á puerto de claridad.
NAP. ¿Qué hablais?
BLAS. ¿Pensásteis que Dios,
con su poder soberano,
ayuda siempre al tirano
conquistador como vos?
¿Pensais que el lodo humeante
con sangre humana amasado,
es pedestal destinado
á ser sólido un instante?
No, jamás; no penseis tal.
La tiranía confunde
al valor; pero se hunde
con su frágil pedestal.
Y aislada y sola perece,
y allá en el cielo, propicia
la aurora de la justicia

radiante al fin aparece. (*rúmor dentro*).

NAP. ¿Oís, Blas?

Escena VII.

Dichos—LUISA.—ARTURO.

LUISA. ¡Padre, señor!
Huyamos luego de aquí.

NAP. Ya vienen.

BLAS. Que vengan, sí.
Cuanto mas pronto mejor.

NAP. Oh! Delirais!

BLAS. Sí, se abrasa
mi frente; pero, os lo juro,
si llega el francés al muro...
hago volar esta casa.
Cerca de vos un depósito
hay de pólvora,..

LUISA. ¡Dios mio!

ARTURO. Padre ¿qué hablais?

BLAS. (*A sus hijos*). Tened brio.
Yo le tengo en mi propósito.
—Pólvora allí... fuego aquí... (*A Napoleon mostrando una pistola*).
ya veis si el trance es horrendo.
Si dais un paso...

NAP. (*con calma*). Os comprendo!
ardemos todos.

BLAS. Sí, sí.
Mejor quiero hacerme trizas
que vos salgais.

NAP. Sois adusto.

BLAS. Pero, al menos, tendré el gusto
de haceros, señor, cenizas.
—No hay transaccion ¡vive Dios!
O nos jurais en conciencia
volvernos la independencia...

NAP Eso... no lo vereis vos...

BLAS. Pues bien, aun es tiempo.—Ea!... (*A Arturo*).
Sálvala! y al primer grito
que lance el francés maldito...
pasto de las llamas sea.

LUISA. Oh! no, dejad que con vos
comparta el peligro.
ARTURO. Si...
BLAS. Tus brazos y sal de aquí. (*La abraza*).
LUISA. ¡Padre mio!
(*Blas los lleva hácia la puerta del fondo y les hace salir. Miguel recobrando su espada, se dispone á marchar mientras se oyen voces y disparos cada vez mas cerca*).
BLAS. (*A Arturo y Luisa*). ¡Adios, adios!
—¿Te vás, Miguel?
MIGUEL. Al instante.
Quiero, señor, combatir
y cual valiente, morir
matando.
BLAS. ¡Siempre arrogante!
Me place oirte así hablar.
MIGUEL (Mi vida no es vida, no!)
BLAS. Miguel ¿y Maria?
MIGUEL. (Oh!...
Por ella me hago matar!)

Escena VIII

NAPOLEON.—BLAS.

BLAS. Ya bajo mi arbitrio os veis;
de hoy mas, mi rencor profundo
hará que no acate el mundo
las leyes que le imponeis. (*Pausa*).
¡Poder de Dios! Qué! no hablais?
NAP. Nada tengo que decir. (*Con calma y lentitud*).
Si ámbos hemos de morir...
es bueno que os prevengais.
Ya veis que miro con calma
vuestro furor; pero os juro
que encuentro, Blas, mas seguro
que roguels por vuestra alma.
BLAS. ¿Pensais libraros?
NAP. Quizá.
BLAS. Sueños de la mente son.

NAP. Sabed que Napoleon
por cualquier parte saldrá.
BUAS. ¿Tanto pensais que podeis?
NAP. Y acaso halleis testimonio
de que me saque el demonio
por dónde menos penseis.
Aun digo mas: si hallo cierta
mi idea, me harcis favor
de ser, Blas, mi embajador,
al menos... hasta la puerta.
Porque tengo mis razones
para juzgar que saldré.
BLAS. No las comprendo yo á fe. (*Se oyen disparos*).
NAP. ¡Anciano!... son mis legiones.
BLAS. Y ¿qué me importa si yo
no os dejo salir de aquí?
NAP. Yo os aseguro que sí.
(*Aparece el Ayudante, en la puerta secreta, sin ser visto de Blas*).
BLAS. Pues yo aseguro que no.
NAP. Ciego estais...
BLAS. No, no.—Por Cristo
jurad..! (*Ruido y confusion muy cerca*).
NAP. Con vuestra altivez...
BLAS. Jurad por ultima vez!...
NAP. Ni habeis oido... ni visto.
BLAS. Pues apurais mi paciencia
y darme leccion quereis,
vos conmigo morireis
á pesar de vuestra ciencia.
Y si luce en vuestra mente
esa fe que atesorais,
probad á ver si acertais
á salir del inminente
trance á que Dios os condena.
(*Sacando la pistola va á apuntarle; pero el Ayudante, que se ha ido acercando lentamente sin ser visto por él, impide su accion y le desarma. Aparecen en tanto los guardias imperiales, que se situan en todas las puertas*).

ESCENA IX.

Dichos, EL AYUDANTE.

AYUD. ¡Abajo el brazo!
BLAS. ¡Esto mas!
AYUD. ¡Traidor!
NAP. Ya soy libre, Blas.
BLAS. (*con despecho*) Pues... que sea enhorabuena.
NAP. ¿Veis como todo ha cambiado?
BLAS. No es por mí por quien lo siento.
NAP. Entradle en ese aposento (*al Ayudante*)
y que esté bien custodiado.
Adios, Blas. (*Acercándose á su cuarto*).
BLAS. Adios, señor.
NAP. ¿Qué decis, por vuestra vida,
escolta al ver tan lucida?
BLAS. (*Pausa*) Que hago... un buen embajador.
(*Le conducen al cuarto de Maria, á cuya puerta se colocan dos centinelas*).

Escena X.

NAPOLEON. EL AYUDANTE.

NAP. ¡Qué entereza tan fatal!
AYUD. Me admira tanta osadía.
NAP. A mi no; la bizarria
castellana, es provervial.
(*pausa*).
(Mas... ¿qué hacer..? Dejóme ciego
mi natural arrogancia...)
(*Al Ayudante que se adelanta con un pliego en la mano*).
—¿Qué quereis?
AYUD. Señor, de Francia
parece viene este pliego. (*Dándoselo*).
NAP. (A Blas viene dirigido,
¿qué será?)
AYUD. Cuando llegamos
al pueblo, le interceptamos...
NAP. Está bien: quedo advertido.
¿Pero y Maria..?—¿Temblais?

—Así jamás os he visto! (*Pausa*).

Ayud. Muerta!...

Nap. Qué decís?—Por Cristo
que loco sin dùda estais!

Ayud. Cuando con ella corria
hácia vos, en el camino
nos envolvió un torbellino
de humo y perdí á Maria.
Rugían en torno nuestro
las balas...

Nap. ¡Pobre inocente!

Ayud. La busqué, mas... vanamente.

Nap. ¡Fuisteis á fé poco diestro!
(Perderla..! ¿y por quién..? por mi!
Prenda del alma querida!)

Ayud. Me acordé de vuestra vida
y vine volando aquí.
—Esa puerta no ignoraba,
que apenas ella me vió,
llave y consigna me dió.

Nap. (Ah! con la muerte contaba!
—Que la busquen ¿me entendeis?
Vamos, mandadlo en mi nombre.
(*El Ayudante se dirige á la puerta del fondo y dá una órden en voz baja á un sargento de la guardia que parte acelerado. En seguida vuelve á la escena*).

Ayud. Qué disponeis de ese hombre?

Nap. Que hagais de él lo que gusteis.
(*Se entra en su cuarto*).

Escena XI.

El Ayudante, *luego* Blas.

Ayud. Poder me dá mi señor
para hacer de él lo que quiera.
Será preciso que muera
como insurgente traidor.
Nada, pues, de vacilar.
Seamos inflexibles, sí.

Salid, Blas. (*Abriendo la puerta*).

Blas. (*Saliendo*). Ya estoy aquí.
¿Se me quiere fusilar?

Ayud. Lo acertásteis... así es.
Yd ya disponiendo el alma.

Blas. Señor mio, tened calma.
Eso lo haré yo despues.

Ayud. Parece que tan valiente
no estais ya; vuestras proezas
infames...

Blas. Esas lindezas
no se me dicen de frente.
Pues tal vez me infundan ganas,
tan insultantes desmanes,
de, aunque tengais mil guardianes...
lanzaros por la ventana.
—Ya que audaz é impertinente,
con menguada inteligencia
al que ama su independencia
dais el nombre de insurgente
y al que defiende su hogar
no le concedeis honor...
al menos, ved su valor
y sabedlo respetar.
—El que nunca fué cobarde.
á su enemigo no implora.
¿Me dais tiempo?

Ayud. Media hora.

Blas. Pues id con Dios.

Ayud. El os guarde.
(*Vase por la puerta del fondo*).

Escena XII.

Blas.

(*Queda un momento pensativo. Los centinelas redoblan su vigilancia*).
¡Héme aqui, quien lo pensara,
cara á cara con la muerte!
Tal vez lo quiso mi suerte;

fuerza es vernos cara á cara.
Cumplí, pues, mi obligacion
de español y bien nacido
y en esta lucha he perdido
ganando Napoleon.
(*Se pasea en estremo agitado*).
Tal vez no fué muy prudente
jugarme así la existencia;
mas fuerza es tener paciencia
y morir como valiente.
(*Parándose*)
Media hora..! Corto sueño
la vida se me figura;
mas si corta es mi ventura...
que sea el plazo pequeño.
Viejo caduco, en el mundo
permanecer no podria.
¿Qué mas dá vivir un dia,
ó en vez de un dia, un segundo?
—Fuerza, por fin, es partir;
pero... Luisa..! Maria!
Solo por ellas un dia
apreciaba mi existir.
(*Con sumo dolor*)
Su ausencia me infunde espanto..!
la muerte por ellas siento..!
por ellas solo; oh tormento!
débil me anego en mi llanto!
Hijas mias! ¿dónde ireis
en este supremo instante,
si padre, esposo y amante
una y otra perdereis?
Oh! qué noche tan cruel!
Oh! qué tormento tan duro!
¿Luisa qué hará sin su Arturo?
¿Qué Maria sin Miguel?

Escena XIII.

BLAS.—LUISA.—ARTURO, *acompañados de un guardia que les conduce hasta la puerta marchándose en seguida.*

LUISA. Padre! (*Corriendo á sus brazos*).
BLAS. Luisa! ¡hija mia!
Oh dicha! piadoso el cielo
me otorga al fin un consuelo!
Ven aquí, ven... ¿y Maria?
LUISA. No está en casa?
BLAS. No lo sé;
pero... vosotros...
ARTURO. Señor,
volver ha sido mejor.
BLAS. Volver..? mal hecho.
ARTURO. Y por qué?
Presa ya del invasor
todo nuestro pueblo ha sido,
todo ya lo hemos perdido!
BLAS. Y Miguel?
ARTURO. Muerto!
BLAS. Qué horror! (*Pausa*).
El fué à esperarme, sí, sí.
ARTURO. Qué hablais?
BLAS. Que el destino nuestro
hoy se nos muestra siniestro
y os vá á separar de mi.
LUISA. Ah!
BLAS. Llorais..? No mas penar;
no hagas que humille mi frente!
Morir quiero cual valiente...
y me vais á anonadar.

Escena XIV.

Dichos, MARIA, *por la puerta secreta.*

MARIA. Padre, hermana..!

BLAS. ¡Oh! ¿qué hicísteis?
Por esa puerta hasta aquí
has llegado...
MARIA. Yo...
BLAS. Sí, Sí.
¡Mísera! tú nos vendiste!
MARIA. El Emperador...
BLAS. Comprendo:
Miguel llevaba razon.
Vendiste su corazon;
causaste su fin horrendo.
MARIA. Qué decis?
BLAS. Murió por tí;
sábelo ya de una vez:
murió con honra y con prez...
MARIA. ¡Oh desdichada de mí!
BLAS. Y aunque el pecho te taladre
el recuerdo de tu dolo,
no le has matado á él tan solo;
tambien matas á tu padre.
—¡Tu padre! me equivoqué;
entre los dos hay distancia.
La bastarda hija de Francia
jamás de mi sangre fué.
(*Movimiento de sorpresa en Luisa y Arturo*).
MARIA. Infelíz!
BLAS. Voy á morir...
Luisa! adios, hija mia.
MARIA. Salvaos! (*Mostrándole la puerta secreta*).
BLAS. Calla, Maria.
MARIA. Por ahí podreis huir.
LUISA. Padre! (*En ademan suplicante*).
BLAS. Luisa, es muy tarde.
¿De qué me sirve esa puerta
cuando el francés, que está alerta,
me llamaria cobarde?
Oh! no, firme, como veis,
aquí estaré ¡vive Cristo!

Escena XV

Dichos, EL AYUDANTE.

AYUD. Anciano!
BLAS. Sí, ya estoy listo.
Llevadme cuando gusteis.
Adios. (*Abrazando á Luisa y Arturo*).
(*Al Ayudante*). Me teneis dispuesto.
MARIA. Ay! no, no saldreis de aquí.
¡Mátenme primero á mí.
ARTURO. Sí, matadnos! (*Al Ayudante*).
LUISA. Ah!

Escena última.

Dichos,—NAPOLEON.

(*Napoleon, con un pliego abierto en la mano, con capa y dispuesto á marchar*).
NAP. Qué es esto?
MARIA. Piedad, señor! (*Corriendo hasta él*).
NAP. (*Viéndola con asombro*). Cielo santo!
¿Tú aquí..? Salvada! Oh! Maria,
levántate, vida mia,
enjuga, enjuga tu llanto.
MARIA. Tened compasion!...
NAP. De quién?
MARIA. De ese anciano desdichado. (*Señalando á Blas*).
NAP. Maria... está perdonado.
TODOS. (*menos Blas*) ¡Gracias, señor!
NAP. (*Viendo á Blas que está cruzado de brazos*).
Su desden
me está diciendo el valor
que en ese pecho se acoje.
—Blas, llegad, que no os enoje
si os pido cese el rencor.
Maria, ven, ven á mí. (*La abraza*).
Siento turbar tu sosiego;
murió tu madre... este pliego

era dirigido á tí. (*Dandóselo*).
Mas, si perdiste una madre,
ten valor, nada te aflja...
Haz cuenta que eres mi hija;
yo para tí seré un padre.
Yo te pondré en el lugar...
—(Detente labio indiscreto,
no reveles un secreto
que el mundo debe ignorar).
—Ahora á Burgos desde aquí,
voy en pos de otra corona.
Tú irás...

MARIA. Adónde?

NAP. A Bayona.
y me esperarás allí.
=Savary, á vos os la entrego;
sed mas cauto, mas prudente.
=Adios Blas, sois un valiente;
pero la fé os deja ciego.
(Avanzan ambos al medio de la escena),
Dadme esa mano sin saña.

BLAS. Tomadla.

NAP. *(bajo)*. Si desistís,
podeis búscarme en París.

BLAS. Eso no! Viva la España!

NAP. Sin embargo...

BLAS. Por San Blas
que os lo dije ya otra vez.
Nuestra española altivez
no se doblega jamás.
—Id y siempre en la memoria
tenedlo, señor, guardado,
aunque lo que aquí ha pasado
no se consigne en la historia.
Pues si alguna vez dijeran
que preso os tuve yo aquí,
se mofarian de mí,
por fábula lo tuvieran.
—«Un Bonaparte el martirio,
sufrir de estrecha prision!..,
El grande Napoleon...

Es un absurdo un delirio!...»
—Y el crítico, asaz repleto
de datos, el necio, el sabio,
dirian...—No, no, mi labio (*interrumpiéndose*).
jamás romperá el secreto.

NAP. Gracias, Blas.

BLAS. Nadie á mi hazaña
crédito diera jamás;
pero...¿qué le importa á Blas
si al fin será libre España?
Ella puede, á duras penas,
verse un dia encadenada;
mas la vereis luego airada
hacer trizas sus cadenas.
Y si un momento, cobarde,
se rinde á mortal desmayo,
acordaos del DOS DE MAYO
y de DAOIZ Y VELARDE

NAP. Tambien de vos.

BLAS. ¡Qué! ¿os estraña?...

NAP. Me estraña al veros rendido...

BLAS. Pues asi, serán y han sido
todos los hijos de España.
Nosotros en la orfandad
esclavos ahora nos vemos;
pero ¡ay! si morir queremos
al grito de libertad!

FIN.

3 0112 117475373